CAPÍTULO II

CORIFEOS DE LA INDUSTRIA — INVENTORES Y PRODUCTORES.

El trabajo y la ciencia serán en adelante los dueños del mundo. — SALVANDY. (1)

Deducid todo lo que los hombres de las clases humildes han hecho por Inglaterra en materia de invenciones únicamente, y ved lo que sería de ella si no hubiera sido por ellos — ARTURO HELPS. (2)

Uno de los rasgos más característicos del pueblo inglés es su espíritu industrial, que resalta de una manera prominente en su historia, y hoy es tan sorprendente como haya podido serlo en cualquiera época. Es éste espíritu, manifestado por la generalidad del pueblo inglés, lo que ha cimentado y construído la grandeza industrial del imperio. Este desarollo vigoroso de la nación ha sido principalmente el resultado de la libre resolución de los individuos, y ha sido logrado por el número de brazos é inteligencias empleados activamente de cuando en cuando en él, ya sea como cultivadores de la tierra, productores de artículos de utilidad, inventores de herramientas y máquinas, escritores, ó creadores de obras de arte. Y mientras este espíritu de laboriosidad activa ha sido el principio vital de la nación, también

(1) *Le travail et la science sont désormais les maîtres du monde.* — DE SALVANDY.

(2) *Deduct all that men of the humbler classes have done for England in the way of inventions only, and see where she would have been but for them.* — ARTHUR HELPS.

fué salvador y reparador, impidiendo de cuando en cuando los efectos de los errores en nuestras leyes é imperfecciones de nuestra constitución.

La carrera de trabajo que ha seguido la nación, también ha resultado ser su mejor educación. Así como una aplicación constante en el trabajo es la más saludable enseñanza para cada individuo, también es la mejor disciplina de un estado. El trabajo honrado marcha por la misma senda que el deber; y la Providencia ha enlazado estrechamente á ambos con la felicidad. *Los dioses*, — dice el poeta — *han colocado el trabajo y el afán en el camino que conduce á los Campos Elíseos*. Lo cierto es que ningún pan comido por el hombre es tan sabroso como aquel que ha sido ganado con su propio trabajo, ya sea físico ó intelectual. Por medio del trabajo ha sido sometida la tierra, y redimido el hombre de la barbarie; y sin él, ni un solo paso ha dado la civilización. El trabajo no sólo es una necesidad y un deber, sino que también es una bendición: sólo el haragán cree que es una maldición. El deber de trabajar está escrito en el vigor y en los músculos del cuerpo, en el mecanismo de la mano, en los nervios y lóbulos del cerebro, cuyo resumen de saludable ocupación es la satisfacción y el placer. En la escuela del trabajo se enseña la mejor sabiduría práctica; y una vida de ocupación manual no es tampoco, como lo veremos más adelante, incompatible con la más elevada cultura intelectual.

Hugo Miller, que mejor que nadie conocía la fuerza y la debilidad que pertenecen al fin del trabajo, exponía el resultado de su experiencia, diciendo que hasta el trabajo más penoso, está lleno de placer y de materiales para el mejoramiento propio. Consideraba que el trabajo honrado era el mejor de los maestros, y que la escuela de las penalidades es la más noble de las escuelas — esceptuándose tan sólo la cristiana — que es una escuela en que la aptitud de poder ser útil se otorga á todos enseñando el espíritu de independencia, y adquiriendo el hábito del esfuerzo perseverante. Hasta era de opinión que la práctica de la mecánica — por el ejercicio que da á las facultades de observación, por su trato diario con cosas efectivas y prácticas, y la experiencia sólida de la vida que adquiere — le pone en mejor estado de elegir su camino en la jornada de la vida, y es más favorable á su desarrollo como hombre, que la enseñanza proporcionada por otra condición cualquiera.

El cortejo de grandes nombres que ya hemos citado de paso, de hombres que han salido de las filas de las clases industriales, que se han distinguido en varias sendas de la vida — en las ciencias, el comercio, la literatura, y las artes — prueban en todo caso que las dificultades producidas por la pobreza y el trabajo no son insuperables.

Por lo que respecta á los grandes inventos y mejoras que han dado tanto poder y riqueza á la nación, es indisputable que los debemos en su mayor parte á hombres de la clase más humilde. Dedúzcase lo que ellos han hecho en este sólo ramo de acción, y se verá que en verdad queda muy poco realizado por otros hombres.

Los inventores han puesto en movimiento algunas de las industrias más grandes del mundo. Á ellos les debe la sociedad muchas de sus principales cosas necesarias para la vida, sus comodidades y regalos; y á su genio, y á su trabajo se debe que la vida diaria sea más fácil y más agradable. Nuestros alimentos, nuestras ropas, el ajuar de nuestros hogares, el vidrio que deja penetrar la luz en nuestras casas al mismo tiempo que impide el frío, el gas que ilumina nuestras calles, nuestros medios de locomoción por tierra y por mar, las herramientas con que son fabricados los diversos artículos de necesidad y de regalo, han sido resultado del trabajo y del ingenio de muchos hombres y de muchos entendimientos. La humanidad en general es mucho más feliz gracias á esas invenciones, y está cosechando diariamente el beneficio de ellas en el aumento del bienestar individual.

Aunque la invención de la máquina de vapor para el trabajo — la reina de las máquinas — pertenece, hablando comparativamente, á nuestra época, nació la idea de ella hace ya muchos siglos. Lo mismo que otras ideas y descubrimientos, que llegaron paso á paso á convertirse en hechos — transmitiendo un hombre el resultado de sus labores, aparentemente inútiles en ese momento, á su sucesor, quien lo tomaba y lo adelantaba otro grado más, extendiéndose á muchas generaciones la prosecución de la investigación. De ese modo fué como la idea concebida por Hero de Alejandría nunca se perdió por completo; pero, igual al grano de trigo escondido en la mano de la momia egipcia, brotó, y volvió á crecer vigorosamente cuando fué colocado ante la luz de la ciencia moderna. Nada era la máquina de vapor, sin embargo, hasta que salió del estado de teoría, y fué tomada por su cuenta por mecánicos prácticos; y ¡ qué historia tan noble de paciente y laboriosa investigación, de dificultades, de tropiezos vencidos por una heroica laboriosidad, nos refiere esa maravillosa máquina! Es en verdad, en sí misma, un monumento del poder de la *Ayuda propia* en el hombre. Agrupados en torno suyo encontramos á Savary, el ingeniero militar; Newcomen, el herrero de Darmouth; Cawley, el vidriero; Potter, mozo maquinista; Smeaton, el ingeniero civil; y, sobresaliendo sobre todos, el laborioso, paciente é infatigable Jaime Watt, el fabricante de instrumentos matemáticos.

Watt era uno de los hombres más laboriosos, y la historia de su vida prueba lo que confirma la experiencia, á saber: que no es el hombre de mayor vigor natural y capacidad quien consigue los más elevados resultados, sino aquel que emplea sus facultades con la mayor diligencia y la habilidad más cuidadosamente disciplinada, la habilidad que resulta de la laboriosidad, de la aplicación y de la experiencia. Muchos hombres de su época sabían más que Watt, pero nadie trabajaba tan asíduamente como él para dirigir todo lo que ejecutaba hacia fines prácticos. Era sobre todo perseverante en la prosecusión de los hechos. Cultivaba cuidadosamente ese hábito de atención activa de que dependen principalmente todas las elevadas cualidades del trabajo intelectual. Edgewoth llega hasta sostener la opinión de que la diferencia de inteligencia en los hombres depende más de la temprana educación de ese *hábito de atención*, que de una gran diferencia entre las facultades de uno y otro individuo.

Hasta siendo muchacho encontró Watt ciencia en sus juguetes. Los cuadrantes que estaban aquí y allá en el taller de carpintería de su padre le condujeron al estudio de la óptica y de la astronomía, su falta de salud le indujo á la investigación de los secretos de la fisiología; y sus paseos solitarios á través del campo le atrajeron hacia el estudio de la botánica y de la historia. Mientras se ocupaba del negocio de fabricante de instrumentos matemáticos, recibió la orden de construír un órgano; y á pesar de no tener el oído músico, emprendió el estudio de la armonía, y construyó con éxito el instrumento. Y del mismo modo, cuando fué puesto en sus manos para componerlo, el pequeño modelo de la máquina de vapor de Newcomen, que pertenecía á la universidad de Glasgow, se puso inmediatamente á estudiar todo lo

que entonces se sabía sobre el calor, la evaporación y la condensación — al mismo tiempo que se afanaba en la mecánica y en la ciencia de la construcción — á cuyos resultados, al fin, dió cuerpo con su máquina condensadora de vapor.

Durante diez años continuó ideando é inventando, con poca esperanza y pocos amigos que le estimularan. Continuó, mientras tanto, ganando el pan para su familia y componiendo violines, flautas é instrumentos musicales; midiendo obras de albañilería, inspeccionando caminos, inspeccionando la construcción de canales, ó haciendo cualquier otra cosa que se presentara y ofreciera una honrada ganancia. Por fin encontró Watt un socio en otro eminente corifeo de la industria, Mateo Boulton, de Birmingham; hombre hábil, enérgico, y de grandes alientos, quien se hizo cargo vigorosamente de la empresa para introducir en el uso general la máquina condensadora como un poder para el trabajo; y el éxito de ambos es ahora asunto que pertenece á la historia (1).

Muchos inventores hábiles han agregado de tiempo en tiempo nuevo poder á la maquina de vapor, y por medio de numerosas modificaciones, la han hecho capaz de ser aplicada á casi todos los fines de la industria, moviendo maquinarais, impeliendo buques, moliendo trigo, imprimiendo libros, acuñando moneda, martillando, aplanando, y torneando hierro; en una palabra, ejecutando toda clase de trabajos mecánicos en que se necesite fuerza. Una de las más útiles modificaciones hecha en la máquina de vapor ha sido la ideada por Trevithick, y casualmente perfeccionada por Jorge Stephenson y su hijo, en la forma de locomotora de ferrocarril, con la que se han producido cambios sociales de inmensa importancia, y hasta de mayores consecuencias, considerados en sus resultados sobre el progreso y la civilización humana, que la misma máquina condensadora de Watt.

Uno de los primeros resultados grandes de la invención de Watt, que puso un poder casi ilimitado á la disposición de las clases productoras, fué el establecimiento de las fábricas de algodón. La persona identificada más íntimamente con la fundación de esta gran rama de la industria, fué indiscutiblemente sir Ricardo Arkwright, cuya energía y sagacidad prácticas eran

(1) Desde la publicación primera de este libro ha tratado el autor en otro obra: *La vida de Boulton y de Watt*, de pintar más detalladamente el carácter y los hechos de éstos dos hombres notables.

quizá más notables que su facultad de inventiva mecánica. Su originalidad como inventor hasta llegó á ponerse en duda, como la de Watt y la de Stephenson. Arkwright estaba probablemente en la misma relación para con la máquina de hilar, que Watt con respecto de la máquina de vapor, y Stephenson para con la locomotora.

Reunió los ingeniosos hilos dispersos que ya existían, y los tejió conforme á su propio diseño, en una manufactura nueva y original. Aunque Luis Paul, de Birmingham, había tomado privilegio para el invento de hilar por medio de rodillos, treinta años antes que Arkwright, eran tan imperfectas en sus detalles las máquinas construídas por él, que no se podía trabajar provechosamente con ellas, y el invento fué en la práctica un fracaso. De otro mecánico obscuro, un fabricante de cintas de Leigh, llamado Tomás Highs, se dice también que inventó la máquina de agua y la *juanilla* de hilar; pero estos también resultaron infructuosos.

Cuando se ve que las demandas de la industria estrechan los recursos de los inventores, resulta por lo regular que la misma idea ha penetrado en muchos espíritus; así aconteció con la máquina de vapor, la lámpara de seguridad, el telégrafo eléctrico, y otros inventos. Se ve á muchos espíritus ingeniosos que trabajan en las congojas de la invención, hasta que al fin el espíritu principal, el hombre práctico, fuerte, se adelanta, y luego los despoja de su idea, aplica el principio con éxito, y la cosa está hecha. Entonces hay una grita entre los contendientes pequeños, que se ven adelantados en la carrera; de ahí que hombres como Watt, Stephenson y Arkwright, tengan por lo regular que defender su fama y sus derechos como inventores prácticos y afortunados.

Ricardo Arkwright, como la mayor parte de nuestros grandes mecánicos, salió de las filas. Nació en Preston en 1732. Sus padres eran muy pobres, y él era el menor de trece hijos. Nunca asistió á la escuela: la única educación que recibió se la dió á sí mismo; y hasta el fin escribió siempre con dificultad. Cuando muchacho ingresó como aprendiz en una barbería, y después de aprender el oficio, se estableció por su cuenta en Bolton, donde ocupó un sótano, sobre el cual puso la siguiente muestra: — *Venid al barbero subterráneo, afeita por un penique.* Los otros barberos vieron que sus parroquianos les abandonaban, y ba-

jaron sus precios al igual del suyo; Arkwright entonces, resuelto á adelantar su negocio, anunció su determinación de *afeitar por medio penique*.

Después de algunos años abandonó su sótano, y se hizo traficante, viajero y vendedor de cabellos. En esa época se usaban pelucas, y la fabricación de pelucas constituía un ramo importante del negocio de barbería. Arkwright andaba de aquí para allá comprando cabellos para las pelucas. Tenía costumbre de asistir á la ferias de sirvientas en el Lancashire, frecuentadas por mujeres jóvenes, con el propósito de comprarles sus largas trenzas; y se dice que en esta clase de negocios fué muy afortunado. También traficó con una tintura química para teñir el pelo, de la cual usaba hábilmente, y con ella se aseguró un negocio considerable. Pero parece que á pesar de su carácter emprendedor, sólo ganaba lo necesario para vivir.

Habiendo sufrido un cambio la moda de usar pelucas, cayoles encima la miseria á los fabricantes de pelucas; y como Arkwright, tenía disposiciones mecánicas, fué inducido á hacerse inventor de máquinas ó *conjurador*, como entonces se llamaba vulgarmente á esa ocupación. Muchas tentativas se hicieron por esa época para inventar una máquina de hilar, y nuestro barbero se resolvió á botar al agua su barquilla con los demás, en el mar de la invención. Como otros hombres enseñados por sí mismos y de igual disposición, ya había consagrado sus ocios á la invención de una máquina de movimiento contínuo; y de eso era fácil el tránsito á una máquina de hilar. Prosiguió sus experimentos tan asiduamente, que descuidó su negocio, perdió el poco dinero que había ahorrado, y quedó reducido á la miseria. Su mujer, porque ya estaba casado, se impacientaba de lo que ella consideraba ser un desperdicio loco de tiempo y de dinero, y en un momento de ira súbita agarró los modelos y los destruyó, esperando que con ello haría desaparecer la causa de las privaciones de la familia. Arkwright era hombre tenaz y entusiasta, y se disgustó extraordinariamente por la conducta de su mujer, de la cual se separó inmediatamente.

En sus viajes por el campo había conocido Arkwright á una persona llamada Kay, relojero en Warrington, quien le ayudó á construír algunas partes de su maquinaria de movimiento contínuo. Se cree que Kay le dió conocimiento del principio de hilar por medio de rodillos, pero también se ha dicho que la idea le

fué sugerida primeramente al observar, por casualidad, un pedazo de hierro candante que se alargaba al pasar entre dos rodillos de hierro. Sea lo que fuere, la idea tomó firme posesión en su espíritu, y se puso á imaginar el procedimiento con el cual se llevaría á cabo, no pudiendo Kay decirle nada sobre este punto. Arkwright abandonó su negocio de compra de cabello, y se consagró á perfeccionar su máquina, de la cual puso un modelo en la sala de la escuela libre gramatical de Preston, construído por Kay bajo su dirección. Siendo ciudadano de la ciudad, votó en la reñida elección en que el general Burgoyne fué reelegido; pero era tal su pobreza, y tal el deteriorado estado de su ropa, que un número de personas suscribieron una suma suficiente para ponerle en condición de que pudiera aparecer en la sala de la matrícula. La exposición de su máquina en una ciudad donde tantos operarios vivían con el ejercicio de su trabajo manual resultó que era una prueba peligrosa; de tiempo en tiempo, siniestros rugidos se oyeron fuera de la escuela, y Arkwright — recordando la suerte de Kay, que fué atropellado y obligado á huír de Lancashire á causa de su invención de la lanzadera, y del pobre Hargreaves, cuya *juanilla* de hilar, había sido hecha pedazos hacía muy poco tiempo por el populacho de Blackburn — resolvió discretamente encajonar su modelo y trasladarse á una localidad menos peligrosa. Así es que se fué á Nottingham, donde recurrió á algunos de los banqueros de la localidad para que le dieran ayuda pecuniaria; y los señores Wright consintieron en adelantarle una suma de dinero á condición de participar en las ganancias del invento. Sin embargo, no habiendo podido ser perfeccionada la máquina tan pronto como lo habían esperado, recomendaron los banqueros á Arkwright que se dirigiera á los señores Strutt y Need, siendo el primero de éstos el ingeniero inventor privilegiado del telar de medias. El señor Strutt apreció desde luego los méritos de la invención, y formó una sociedad con Arkwright, cuya senda hacia la fortuna era ya evidente. La patente fué asegurada con el nombre de « Ricardo Arkwright, de Nottingham, relojero, » y es circunstancia digna de observarse, que fué sacada en 1769, el mismo año en que Watt aseguraba el privilegio para su máquina de vapor. Primeramente se estableció un molino de algodón en Nottingham, movido por caballos, y poco después se edificó otro en una escala mucho mayor, en Cromford, en Derbyshire, movido por una rueda de agua,

de cuya circunstancia se llamó al telar de hilar, *la máquina de agua.*

Sin embargo, las tareas de Arkwright, apenas principiaban, hablando relativamente. Tenía aún que perfeccionar todos los detalles de trabajo de su máquina. En sus manos era un objeto de constantes modificaciones y mejoras, hasta que finalmente se la hizo práctica y provechosa en grado eminente. Pero el éxito sólo fué asegurado por medio de una larga y paciente laboriosidad : y durante algunos años fué únicamente una especulación desconsoladora é inútil, consumiendo una fuerte suma de capital sin dar resultado alguno. Cuando el éxito pareció ser más seguro, los fabricantes de Lancashire cayeron sobre el privilegio de Arkwright para destrozarlo, como habían caído los mineros de Cornish sobre Boulton y Watt para robarles las ganancias de su máquina de vapor. Hasta llegó á ser denunciado Arkwright como enemigo de las clases trabajadoras; y una fábrica que construyó cerca de Chorley fué destruída por un tumulto popular á presencia de una fuerza considerable de policía y de soldados. Los hombres de Lancashire se negaban á comprar su material, aunque era reconocido como el mejor que había en el mercado. Después se negaron á pagar el derecho de patente por el uso de sus máquinas, y se unieron para anonadarlo en los tribunales de justicia. Con gran pesar de las personas de espíritu recto fué derrotado el privilegio de Arkwright. Después del juicio, cuando pasaba frente al hotel en donde sus contrarios estaban detenidos, dijo uno de ellos bastante alto para ser oído por él : — *Bien, por fin hemos concluído con el viejo barbero,* — á lo que éste respondió con calma : — *No importa, aun me queda una navaja que os afeitará á todos.* Estableció nuevos talleres en Lancashire, Derbyshire, y en New Lanark, en Escocia. Los talleres de Cromford también volvieron á sus manos al terminar su sociedad con Strutt, y la cantidad y excelencia de sus productos eran tales, que en poco tiempo obtuvo un dominio tan completo del negocio, que los precios eran fijados por él, y gobernaba las principales operaciones de los otros tejedores de algodón.

Arkwright era un hombre de una gran fuerza de carácter, indomable valor, mucha sagacidad, y un don para los negocios que rayaba en genio. Hubo una época en que su tiempo estaba ocupado por un trabajo duro y continuado, ocasionado por la

organización y manejo de sus numerosas fábricas, algunas veces desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche. Á los cincuenta años de edad se puso á estudiar gramática inglesa y á mejorar su escritura y su ortografía. Después de vencer todos los obstáculos, tuvo la satisfacción de recoger el premio de su empresa. Diez y ocho años después de haber construído su primera máquina, consiguió tal estimación en Derbyshire, que fué nombrado algua cil mayor del condado, y poco después le confirió Jorge III el honor de la dignidad de caballería. Murió en 1792. Sea para bien ó para mal, fué Arkwright el fundador en Inglaterra del sistema moderno de factorías, rama de industria que indudablemente ha sido una fuente de inmensa riqueza, tanto para los individuos como para la nación.

Todos los grandes ramos de la industria en la Gran Bretaña proporcionan iguales ejemplos de enérgicos hombres de negocios, fuente de muchos beneficios para los puntos en que han trabajado, y de poder y riqueza aumentados en la comunidad en general. Entre ellos pueden citarse á los Strutt, de Belper; los Tennant, de Glasgow; los Marshall y Gott, de Leeds; los Peel, Ashworth, Birley, Fielden, Ashton, Heywood, y Ainsworth, de Lancashire del sud, algunos de cuyos descendientes se han distinguido igualmente en la historia política de Inglaterra. Entre ellos fueron preminentes los Peel, de Lancashire del sud.

El fundador de la familia Peel, á mediados del siglo pasado, era un pequeño labrador acomodado, que ocupaba la granja Hole House, cerca de Blackburn, de donde se mudó después á una casa situada en Fish Lane, en ese pueblo. Conforme adelantaba en la vida, Roberto Peel vió crecer en torno suyo una larga familia de hijos é hijas; pero siendo algo estéril la tierra en los alrededores de Blackburn, le pareció que el cultivo de la agricultura no ofrecía alicientes para sus trabajos. Sin embargo, el lugar había sido por largo tiempo asiento de una manufactura local, la fábrica llamada *Blackburn grays*, que consistía de telas de lino ó cáñamo y urdimbres de algodón, que se hacían principalmente en el pueblo y sus alrededores. Entre los labradores laboriosos y con familia había entonces la costumbre antes de la introducción del sistema de talleres, de emplear el tiempo que no se ocupaba en el campo, tejiendo en la casa; y Roberto Peel, de conformidad con esa costumbre, principió el negocio domés

tico de hacer zarazas. Era honrado y hacía artículos buenos; económico y laborioso, y su negocio prosperó. Era también emprendedor, y fué uno de los primeros en adoptar el cilindro de cardar, recien inventado entonces.

Pero la atención de Roberto Peel se dirigió principalmente á la manera de *estampar* las zarazas que por entonces era un arte comparativamente desconocido, y durante algún tiempo hizo una serie de experimentos con el objeto de estampar por medio de máquinas. Los experimentos fueron hechos secretamente en su misma casa, planchando para ese fin los géneros por una de las mujeres de la casa. Era costumbre entonces en casas como la de los Peel, usar vajilla de peltre en la mesa. Habiendo bosquejado una figura ó modelo sobre uno de los platos, se le ocurrió que podría obtenerse una impresión de él á la inversa, y estamparse en color sobre la zaraza. En una cabaña al extremo de la granja vivía una mujer que tenía una máquina de prensar, y yendo á su cabaña, puso en la máquina el plato sobre cuyas figuras había pegado colores, poniendo encima zaraza, y después de prensarlo se vió que dejaba una impresión bastante buena. Se dice que este ha sido el origen de pintar las zarazas sobre rodillos. Al poco tiempo perfeccionó Roberto Peel su procedimiento, y la primera muestra que sacó fué una hoja de perejil; de ahí que hasta ahora se le llame en las cercanías de Blackburn *Peel Perejil*. El procedimiento de pintar ó estampar la zaraza con lo que se llama la máquina mula, esto es, por medio de un cilindro de madera en relieve, con un cilindro de cobre grabado, fué perfeccionado después por uno de sus hijos, el jefe de la razón social Peel y C.ª, de Church. Estimulado por su éxito, abandonó Roberto Peel poco después la agricultura, y trasladándose á Brookside, pueblo distante de Blackburn sobre unas dos millas, se consagró exclusivamente al negocio de estampar zarazas. Allí, con la ayuda de sus hijos, que eran tan enérgicos como él, llevó adelante el negocio con éxito durante varios años; y cuando los jóvenes llegaron á la edad viril, se dividió el negocio en varias casas Peel, cada una de las cuales se hizo centro de actividad insdustrial y origen de ocupación remuneradora para gran número de personas.

Por lo que ahora se puede saber del carácter del primer Roberto Peel, debe haber sido un hombre notable, vivo, sagaz, y de vastas concepciones. Pero poco se sabe de él fuera de la tradición, y los hijos de aquellos que le conocieron van desapareciendo rápidamente. Su hijo, sir Roberto, habló de él modestamente así : « Puede decirse en verdad que mi padre ha sido el fundador de nuestra familia ; y apreciaba tan exactamente la importancia de la riqueza comercial desde el punto de vista nacional, que se le oyó decir frecuentemente que, *las ganancias de los individuos eran pequeñas comparadas con las ganancias nacionales que emanaban del comercio.* »

Sir Roberto Peel, primer barón y segundo manufacturero de ese nombre, heredó de su pardre todo el espíritu de empresa, capacidad y laboriosidad. Su posición, al entrar en la vida, era muy poco más elevada que la de un operario cualquiera; porque su padre, aunque puso los cimientos de la prosperidad futura, luchaba aún con las dificultades inherentes al insuficiente capital. Cuando Roberto solo tenía veintiún años de edad, se resolvió á emprender por cuenta propia el negocio de estampar cotonía, que le había enseñado su padre. Su tío, Jacobo Haworth, y Guillermo Yates de Blackburn, se le unieron en esa empresa, llegando todo el capital que pudieron reunir entre sí, á unas lib. est 500, cuya parte principal fué proporcionada por Guillermo Yates. El padre de este último era cabeza de familia en Blackburn, donde era muy conocido y estimado; y habiendo ahorrado algún dinero en su negocio, estaba dispuesto á facilitar el suficiente capital para que su hijo emprendiera el lucrativo negocio de estampar cotonía, que entonces estaba en su infancia. Aunque Roberto Peel era muy joven, fué el que daba el conocimiento práctico del negocio ; pero se dijo de él, y resultó cierto, que *llevaba una cabeza vieja sobre hombros jóvenes.* Compraron en un precio relativamente barato un molino de trigo medio derruido, con sus terrenos inmediatos, próximo á Bury, que entonces era un pueblo insignificante, donde la fábrica continuó conocida hasta mucho después por *The Ground;* y habiendo sido construídos algunos galpones de madera, principió la compañía á hacer estampar cotonía en pequeña escala en el año de 1770, agregándole algunos años después el tejido del algodón. El modo frugal en que vivían los socios puede deducirse del siguiente incidente acaecido al principio de su carrera. Siendo casado Guillermo Yates y con familia, estableció casa propia, y por complacer á Peel que era soltero, convino en admitirle como huésped. La cantidad que pagaba este último por casa y comida era sólo